

relación con las demandas del cuerpo, aparece la enfermedad mental. Es un no poder decir, una falta de elocuencia del cuerpo al ser traducido a lenguaje.

De vuelta, la intención de la psique (o el alma, como se prefiera) se pierde siempre en el cuerpo, que es su escenario equivocado. Los impulsos no se satisfacen nunca en el cuerpo real sino en un cuerpo ilusorio, algo que parece corporal pero no lo es: un fantasma. En tanto es lo puramente sentido, el cuerpo es la nulidad del sentido, su colmo y su aniquilación. O viceversa: su fundamento y su inmediatez. En términos de significación: la nada.

El pensamiento humano es, por paradoja, una actividad que se da a partir del cuerpo pero que se somete a la superioridad jerárquica de un espíritu imperfecto por definición. El cuerpo sigue escoltando infatigablemente al pensamiento y constituyéndose en su inagotable objeto. Se revela a sí mismo de forma inma-

nente, al contrario del espíritu, que se revela al revelársele el mundo y al revés.

Entre un cuerpo pleno de sentido pero mudo y una identidad imperfecta, la palabra es la única promesa de continuidad y permanencia. En efecto, los psicólogos como Ribot y los novelistas como Proust nos han enseñado que la identidad del yo y la experiencia sensible no garantizan permanencia alguna. El yo tiene una consciencia intermitente de sí mismo, vacía y dispersa. Existe si varía constantemente y sólo aparece en nuestra historia (o, por eso mismo, tiene historia). Entre esos dos polos mediados por el lenguaje se tiende la historia espiritual de Occidente, que Starobinski diseña con una parábola delicada y sumaria, la que va de la plenitud insignificante del Paraíso a la infinita resignificación de la Caída, con un nuevo e inventado Paraíso como objetivo.

**Blas Matamoro**

## El fondo de la maleta

*Rafael Alberti (1902-1999)*

La obra del gaditano Rafael Alberti es eminentemente poética. Escribió, es cierto, unas memorias, especialmente interesantes en su primer volumen, *La arboleda perdida* (1959) y algunas obras de teatro de un interés menor. Como poeta, fue, al igual que Neruda, abundante y desigual. A diferencia de Neruda, Alberti fue un poeta de gran perfección formal, de un oído sutil y una prosodia eufónica; a diferencia también de Neruda, Alberti no tuvo la profundidad y fatalidad poética del autor de *Residencia en la tierra*. Neruda fue un poeta comunista, y lo fue hasta el final; Alberti también, pero no escribió textos teóricos, marxistas o no, de carácter político, tampoco históricos: fue un comunista por fe y ante ciertos hechos (digamos, campos de concentración, millones de muertos, represión política y cultural), miró para otro lado. Estuvo sesenta y ocho años en el Partido Comunista, es decir, que le tocó acompañar al comunismo casi a todo lo largo del siglo. Nunca renegó de su ideología, y a eso se le llama «coherencia ciudadana», defensor del «valor creador de la libertad», «compromiso ideológico», en fin, alguien que iluminó «el siglo con su palabra». Todos estos

entrecomillados están tomados de la prensa y corresponden a presidentes de gobiernos conservadores, periodistas comunistas, socialistas, etc. Ante tal absurdo cualquiera se resfríega los ojos. ¿Qué ocurre? Quizás haya que recordar lo que Revel investigó con lucidez en *El pensamiento inútil*: la tendencia del hombre a ocultar la verdad, a no buscarla, a no desearla.

La coherencia ciudadana o política de Alberti sólo significa que fue fiel a su rechazo de las dictaduras de derecha, pero fue tenaz en sus elogios de las de izquierda. Es todo. Ninguna lección de moral ni de lucidez pueden deducirse de su postura en relación a la búsqueda de las verdades y de la verdadera libertad, que no conoce justificaciones a posteriori. Ahora bien, la verdadera fidelidad de Alberti, de la que sí podemos aprender, es la relacionada con la poesía. Aunque sus inicios fueron pictóricos, el centro de su universo fue el de la palabra. A Alberti le debemos varios libros y un buen montón de poemas verdaderamente prodigiosos, en el sentido más recto de esta palabra: poemas realizados con enorme destreza y con gracia, poemas en los que supo reconciliar una amplia tradición hispánica con los

desafíos de la modernidad, especialmente las propuestas vanguardistas. Sus poemas de tipo tradicional son más perfectos que los de Lorca, aunque su poemario *Sobre los ángeles* —hay que decirlo— carece de la fuerza del descenso al infierno de Lorca en *Poeta en Nueva York*. Alberti fue un poeta de la nostalgia, pero también de un erotismo inmediato, enamorado de las apariencias. Más que un gran pintor del lenguaje fue un magnífico dibujante. Ha sido un poeta cantor, a veces obligando demasiado a las palabras pero, en ocasiones afortunadas, oyéndolas y poniéndose a su servicio. La inspiración quizás sea eso: oír en las palabras algo que está dicho a medias y cumplirlo: de ese cumplimiento hay pruebas evidentes en *Cal y canto*

(1929), *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929), *A la pintura* (1948) y *Retorno de lo vivo lejano* (1958). Ha muerto, pues, un gran poeta, un hombre que ha recorrido el siglo y que, en lo ciudadano, participó con cierta mala fe (sartriana) de las mentiras sin cuento de un siglo sangriento. Pero, insistimos, lo importante en él es la poesía, y su feliz memoria encarnó gran parte de ella. ¿Por dónde andará ahora Rafael Alberti? El poeta quizás esté ya prendido de ese balón que, como un globo, se pierde haciendo espirales por el aire:

Yo pienso en mí. Colegio sobre el mar.  
 Infancia ya en balandro o bicicleta.  
 Globo libre, el primer balón flotaba  
 sobre el grito espiral de los vapores.

## Colaboradores

- JORGE ANDRADE: Narrador argentino (Buenos Aires).  
MARIO BOERO: Ensayista chileno (Universidad de Comillas).  
ROSA CABRÉ MONNÉ: Crítica literaria española (Universidad de Barcelona).  
HAROLDO DE CAMPOS: Escritor brasileño (São Paulo).  
CARLOS CORTÉS: Narrador y ensayista costarricense (San José).  
HORACIO COSTA: Poeta y ensayista brasileño (São Paulo).  
RICARDO DESSAU: Crítico y periodista argentino (Madrid).  
JORDI DOCE: Poeta y crítico español (Oxford).  
BLANCA MIÑAND: Crítica literaria española (Universidad de Barcelona).  
LUIS NAVARRO GARCÍA: Historiador español (Universidad de Sevilla).  
ENRIQUE RUIZ-FORNELLS: Hispanista español (Universidad de Tuscaloosa, Alabama).  
ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA: Poeta y ensayista español (Universidad de La Laguna).  
ISABEL SOLER: Crítica literaria española (Barcelona).  
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ: Crítico y ensayista español (Universidad de Barcelona).  
MARISA SOTELO VÁZQUEZ: Crítica y ensayista española (Universidad de Barcelona).